

JOSÉ MORENO NIETO

[Discurso de investidura de Doctor]

“Civilización: su espíritu y tendencias: bienes ó males que deberán esperarse ó temerse de la civilización moderna: así en el orden material como en el moral”

en

Crónica de ambos mundos

n. 7, Madrid, 15 de julio de 1860, pp. 107-109;
y n. 8, Madrid, 22 de julio de 1860, pp. 130-132.

Reproducción facsímil de las páginas 107-109 del n. 7
y [“continuación”] de las páginas 130-132 del n. 8.

A cargo de Miguel A. Pastor Pérez y José M. Sevilla

Nota.- Sobre la recepción de Vico en José Moreno Nieto, véase: J. M. SEVILLA, *El espejo de la época. Capítulos sobre G. Vico en la cultura hispánica (1737-2005)*, La Città del Sole, Nápoles, 2007, especialmente pp. 160-162.



La revista reconoce, en el n. 7, p. 107, que: “El mérito del discurso pronunciado por el Sr. D. José Moreno Nieto, catedrático de la Universidad Central, en el acto de recibir la investidura de Doctor, nos ha decidido a insertarlo en la CRÓNICA, apartándonos de nuestro propósito de no publicar sino escritos inéditos”.

adolesciendo, además, el conjunto de la grave falta de estar trazado y trabajado con gusto poco puro y disparatadamente recargado.

Otros historiadores coetáneos, particularmente entre los franceses, puestos al lado de M. Thiers para compararlos con él, saldrían, cuando no gananciosos, de ninguna manera desairados. Thierry, Barante (solo en su historia de los duques de Borgoña) y el erudito y elegantísimo, así como verdaderamente clásico Villenain con algunos más cuyos nombres no ocurren en este momento a la memoria, tienen prendas de estilo y estilo histórico nada inferiores, y en ciertos puntos superiores a las que brillan en las historias de M. Thiers. Y con todo, la historia del Consulado y del Imperio descollará entre las producciones contemporáneas de la misma clase, si ya no superior a todas ellas en perfecciones de estilo, si ya ni igual a algunas, objeto de mucha más atención, y que forzosamente ha de llevarse mucho más aplauso. En igualdad ó aun con alguna inferioridad de mérito en una u otra de sus partes, una catedral magnífica, de gigantes proporciones, y magestuoso estilo vence en la competencia, á lo menos según juzga lo general de los hombres, á una primorosa capilla aun la del gusto más elegante y correcto.

Con esta última consideración vuelve este artículo á la materia que lo es de tan imperfecto trabajo, poniendo término á una digresión quizá inoportuna.

En resumen, la historia del Consulado y del Imperio de Napoleón es una de las producciones del ingenio más considerables de la época presente, que, en punto al valor de las composiciones históricas en ella dadas á luz, sale por demás airosa y hasta aparece aventajada si se la compara con cualquiera otro período de la literatura antigua ó moderna. Es recomendable por lo abundante en datos, por lo bien ordenado de su plan donde hay variedad y juntamente unidad; por lo bien trabajado de cada una de sus partes, por lo agudo y por lo juicioso de muchas de sus reflexiones políticas, en una u otra bien que rara ocasión hasta por su imparcialidad, y siempre por la belleza de su estilo en que suple lo vivo, sencillo y animado la falta de ser alguna vez menos correcto. Desfigura, por otra parte, el mérito de tan admirable trabajo, una parcialidad excesiva del autor en favor de su nación y de su héroe, y alguna ligereza hija de la misma parcialidad cuando le lleva ó á no buscar, ó á desatender testimonios de los que no tienen con él comunidad de patria ó de opiniones.

Por lo mismo ha parecido conveniente y aun forzoso al escritor de estos renglones, poner más en relieve las faltas, que las perfecciones de una obra que él á la par admira y reprueba. La historia de Napoleón por M. Thiers corre por todo el mundo civilizado, no habiendo en él lengua en que no haya sido vertida, sin contar con que el original es leído por casi toda persona bien educada, entre las cuales rara es la que no entienda el idioma francés siquiera medianamente. El gran valor de tal obra, el cual nadie puede ni osa negar, por fuerza ha de servir de pase á las imperfecciones que contiene, y de estas muchas son de una clase, que, no siendo reparadas, perjudicarán á la honra de varias naciones y personas, y atropellarán hasta dejarlos concuadados los fueros de la verdad y la justicia. Sea para nosotros tan hermosa producción lo que la más bella estatua para un inteligente, digna de aprobación y hasta de entusiasmo, pero no vaya á hacerse de ella un ídolo al cual no se mira, sino como debe verse á las deidades para amarle y reverenciarle en vez de someterle á examen y juicio donde se le noten á la par las manchas con los resplandores. Esto es, sobre todo, una obligación para los españoles amantes de una patria, á la cual trata el orgulloso historiador francés con injusticia y vituperio. El Dos de Mayo, Bailen, Zaragoza, Gerona, y, por remate la terminación de la guerra de España en el triunfo de la resistencia á la inva-

sión, influyen en el buen patricio francés para mirarnos con ceño por más que otra cosa diga, ó que otra cosa quiera: disculpable es, pues, y hasta puede decirse loable, que al juzgarle no separemos de nuestra mente las que son, si para él acerbas, para nosotros dulces y sagradas memorias. Además al lícito y aun santo afecto del patriotismo se agrega que casi siempre al defender contra M. Thiers la causa de nuestra España, se defiende otra causa todavía más alta, y si es hombre insigne el historiador francés, no lo era menos por cierto el gran filósofo y admirable escritor griego, de quien se dijo y sigue diciéndose hasta haber llegado la frase á ser proverbio, que si es digno de todo amor y reverencia, todavía la verdad le es preferible.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

El mérito del discurso pronunciado por el Sr. D. José Moreno Nieto, catedrático de la Universidad Central, en el acto de recibir la investidura de Doctor, nos ha decidido á insertarlo en la CRÓNICA, apartándonos de nuestro propósito de no publicar sino escritos inéditos:

CIVILIZACIÓN: SU ESPÍRITU Y TENDENCIAS: BIENES Ó MALES QUE DEBERÁN ESPERARSE Ó TEMERSE DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA: ASÍ EN EL ORDEN MATERIAL COMO EN EL ORDEN MORAL.

Arduo y por demás difícil es, Excmo. Sr., desempeñar debidamente la tarea, que impone este tema escogido por mí entre los del cuestionario. ¡Determinar con precisión ese hecho tan vasto y complejo llamado civilización! ¡Descubrir entre sus varias manifestaciones su espíritu y tendencias! ¡Y por remate penetrar en los tiempos futuros para buscar el destino que reserva á la humanidad el genio de la historia! Preguntas son temerosas.—¿Y en qué hora Excmo. Sr., tengo que contestarlas, sobre todo la última la más grave sin duda! Si alguna, no es la presente la más oportuna, hora de tanta confusión y fatiga, y de ansiedad y dolores, y transformaciones y decadencias, hora en que unos en son de profecía anuncian que la sociedad va por camino de perdición á segura y no lejana muerte, mientras otros, extasiados ante los progresos cumplidos y las magnificencias que entrevén en lo porvenir, no hacen sino entonar himnos de alabanza y alegría. Entre la incertidumbre que trabaja la Europa, entre la confusión actual y el caos de las ideas, y las luchas de los partidos, y el vocer de las escuelas, y en la incesante movilidad de lo presente, ¿cómo descubrir el punto á que nuestra historia se dirige? ¿Cómo decir el término de esta inmensa evolución, y saber cuál ha de quedar la humanidad al salir de esta crisis tremenda, que parece como la gestación de un nuevo mundo?—¡Hora poco oportuna, vuelvo á decir, para contestar con acierto á esa pregunta! Y sin embargo, Excmo. Sr., ella está hoy ante el pensamiento de la Europa, y no podemos excusarla, porque los hechos marchan, las sociedades se agitan, y es preciso averiguar dónde las pueden conducir los vientos que hoy soplan, si á puerto de salvación, ó á abismos de ruina.—En todo caso, yo he escogido esa pregunta, que es un gran problema, no reparando al pronto, es verdad, en su gravedad é importancia, y en lo difícil, si ya no imposible de tratarla bien en el breve tiempo de que he podido disponer, y en los límites de un discurso; pero al fin toméla entre otras del cuestionario, y es deber mío hoy el contestarla. Lo intentaré contando con la bondad de V. E., respondiendo antes á las otras dos que el tema abraza: rápidamente cual corresponde á la segunda, con más extensión á la primera.

¿En qué consiste la civilización?

Debemos distinguir la noción de la civilización, de su aparición concreta y real en las varias razas y gentes, y en las distintas edades del mundo. La civilización en su concepto puro, es aquella situación en que el espíritu se halla constituido en una verdadera sociedad, ó si se quiere organismo; y bajo de él y por él, es decir, por la unión proporcional y armónica de sus varios miembros bajo la dirección y la ley del Estado, y especialmente por la creación del Estado entra en condiciones de vida y desarrollo: es además aquel estado del espíritu en que por desenvolvimientos sucesivos de su virtualidad y de su esencia se ha separado de la vida oscura, fatal é inconsciente de la naturaleza, elevándose desde las tinieblas del instinto y aun del sentimiento inferior, á la vida de la libertad y la razón, y por ellas al conocimiento de la verdad y al de las ideas augustas de lo bello, lo bueno y lo justo, educando por ellas su naturaleza, y aplicándolas á las varias manifestaciones de la vida individual y social.

En esta determinación filosófica que he procurado hacer de la idea de la civilización, he tomado al intento, como puede ver V. E., sus dos principales caracteres, conviene á saber: La consti-

tucion de la sociedad, que es como la sustancia y forma de la civilización, y el desarrollo de las facultades humanas y su producto; lo cual es, podemos decir, el espíritu de ella y su esencia íntima.—De la sociedad, quién podrá negar que es la condición indispensable, y á un tiempo mismo el primer grado de la civilización? Ese estado de naturaleza de que habló tanto á la Europa un célebre filósofo y publicista del pasado siglo, y que no es, como se cree vulgarmente, una ficción del pensamiento, sino el estado en que viven desde el comienzo de las edades gran número de razas y gentes, el que han tenido acaso aun muchos de aquellos pueblos que más tarde se han asociado á la grande obra de la humanidad, es sin duda el verdadero estado de la naturaleza, no en el sentido del citado escritor, que parecía ver en él realizado el destino del hombre, sino en el concepto de que el espíritu, este sér elevado y escogido, para quien se ha creado cuanto se agita en las entrañas y en la superficie del mundo, vive como dormido y aprisionado en el seno de la naturaleza, esclavo de sus leyes y sus fuerzas, y solo cuando la sociedad aparece nace él á la vida de la civilización, y entra en el gran movimiento de la historia.—Y la perfección de ese organismo es una de las grandes aspiraciones del tiempo, y uno de los más elevados objetos de la civilización; perfección que habrá de consistir en aplicar cada día más las prescripciones del derecho á las relaciones de la vida de los ciudadanos dentro de cada nación, y la de las naciones entre sí, y acercar los pueblos y estrechar sus vínculos, comprendiéndolos en la vasta asociación de la humanidad.

Mas con ser la constitución de la sociedad y su perfeccionamiento cosa tan grande y elevada, no parece ella á la razón, según he indicado, sino como la forma de la vida del espíritu, y coloca la verdadera civilización en la aparición de las religiones y las teologías, que arrancando al hombre de lo finito y perecedero, levantan su corazón y su pensamiento á las regiones de lo sobrenatural y lo infinito: en las grandes creaciones artísticas y en todas aquellas augustas manifestaciones de lo bello, que despiertan nobilísimos sentimientos, suavizan las costumbres, y cultivan las afecciones derechas é instintos generosos: y por último, en aquellas grandes evoluciones de la razón, que dando al hombre el secreto de la existencia universal, y permitiéndole en cierto modo entrar en comunión con lo absoluto, coronan su frente con todas las majestades y todas las glorias.

No están aquí, Excmo. Sr., todos los elementos de la civilización: no he mentado los hechos que se encaminan á mejorar la vida sensible y á procurar la satisfacción de las necesidades materiales y es que no tienen aquella dignidad y alteza que van unidas á las necesidades y satisfacciones del espíritu y que constituyen la civilización en lo que tiene de esencial.—La civilización reconoce otros orígenes que los de la industria: donde quiera que aquella aparezca, encontraremos pensamientos é intereses más altos, ideas y aspiraciones que llevan al hombre más allá de su existencia finita. Nace como de misteriosa y rica fuente de esos libros llamados los Vedas, el Zend Avesta, el Korán, y si pudiera con lo humano juntar lo que es de origen divino, dirían también los venerandos Evangelios: se refleja en esos sublimes monumentos, que cual columnas militares se levantan en medio de la corriente de las edades, y que llevan el nombre de Iliada, Shah Nameh, Ramayana, Eneida, Divina Comedia, y resplandecen con aureola divina en la frente de esos sabios, esos sacerdotes, esos legisladores, esos guerreros, cuyo nombre guarda respetuosa la fama.

Al espesarme de este modo no pretendo excluir de la civilización los intereses sensibles. Sér el hombre en quien se verifica la conjunción del espíritu y la naturaleza, destinado á obrar su desarrollo en este teatro del mundo material, tiene que pedirle la sustancia que ha de alimentar su vida, y el elemento que ha de embellecerla. Además, por esa misteriosa armonía que une entre sí las varias esferas del espíritu con estrechos vínculos, sucede que los crecimientos económicos, además de cumplir su fin propio, é inmediato satisfaciendo necesidades sensibles, procuran y traen otros bienes y excelencias, ellos ayudan á los grandes desarrollos de la humanidad en las esferas superiores, dándola con las conquistas sobre el mundo físico, que separándose de él pueda convertir sus facultades á la consecución de los fines primordiales: ellos preparan la independencia de las clases inferiores levantando su nivel, y acercan unas con otras las varias familias dentro de una nación, y también las naciones entre sí, estableciendo por el cambio lazos de estrecha solidaridad: ellos, en fin, provocan una inmensa actividad, que complicándola, agranda las esferas de la historia, y que no conociendo interrupción ni parada, sostienen en la escena del mundo un movimiento y un interés que no habría entregado al hombre á la vida ideal é íntima de la razón y el sentimiento.

Así, Excmo. Sr., la formación de la sociedad hasta la organización de la asociación humanitaria, el desarrollo y manifestación armónica de la esencia del espíritu en todas sus determinaciones y esferas, la científica y la religiosa, la moral y la artística, y también la económica, tal es en compendio la civilización.—Pero la civilización, en su concepto puro, es decir, en su ideal, y la humanidad para llegar á este punto supremo, partiendo desde la unidad simple, tiene que desenvolver su contenido con sujeción á las leyes y es de toda vida finita, es decir, por medio de formaciones ó grandes unidades diferentes en su carácter y grado, y dentro de cada una y en la vida total por medio de evoluciones y transformaciones que alcanzando de una en otra un desarrollo más comprensivo, formarán en su último momento la plenitud de la vida realizando ese ideal.—El conjunto de tales evoluciones, constituye la historia, y su espíritu y tendencias, así como el de todas las civilizaciones inferiores que van apareciendo en el tiempo, es ir tras ese ideal cuyo cumplimiento marcará el día en que á la humanidad militante sucederá la humanidad triunfante.

Deberé ahora decir las leyes que presiden á esas formaciones y evoluciones, y con tal motivo exponer las doctrinas filosófico-históricas de aquella escuela, que bajo la alta inspiración de la teología cristiana y por la pluma de dos insignes doctores, en quienes renace engrandecido el génio de Platon, escribe en la Ciudad de Dios y en el discurso sobre la Historia Universal la marcha del género humano desde la gran catástrofe paradisiaca hasta los días de la regeneración y la gracia, y traza despues llena de esperanza sus inmortales destinos: ó las de aquella otra, que levantándose en el alma de Vico de entre los esfuerzos que acompañan la gran renovación filosófica moderna, vá á buscar al través de Lessing, Herder, Kant, Fichte y Schelling al gran génio expectativo de las edades presentes, á Hegel, quien despues de marcar el movimiento rítmico de la idea en su estado conceptivo, la sigue en las dos realidades del mundo, y traza bajo la ley de ese movimiento y proceso el camino, que sigue anhelante hasta realizarse en el espíritu en forma reflexiva? Deberé decir los desarrollos que á poder de las nuevas necesidades de la ciencia y de su posición entre las escuelas racionalistas ha recibido la filosofía de la historia de la primera escuela por los trabajos de Goerre, Federico Schelegel, Ballanche, Gerbet, Moehller, Ozanam y otros distinguidos escritores, ó los que en la segunda han ocasionado las doctrinas de Krause, ó de la nueva dirección que hoy quieren imprimir á esa ciencia los Lassen, los Renan, los Weber, los Schleicher venidos á ella por el camino de la etnografía y la lingüística? Semejante tarea sobre no exigida en el tema, no cabría en los estrechos límites de un discurso.—Ni debo detenerme á contar las varias estaciones del espíritu universal en el tiempo, ni cómo y por qué caminos, y al través de cuantas civilizaciones y pueblos, y de cuales ruinas y renacimientos ha llegado al punto en que hoy le vemos; aunque conveniente en esta ocasion, estáme vedado hoy; por donde para contestar á la tercera y última pregunta, habré de colocarme en medio de nuestra civilización europea, que por dicha tiene á su cargo los destinos del mundo.

Mas al examinar esa pregunta podría á alguno ocurrir una duda: ¿tiene ella sentido histórico y filosófico, tiene legitimidad? Si la civilización es el adelanto y la perfección ¿no implica despues de los bienes, preguntar sobre los males que pueden temerse de ella en el porvenir?—Aunque á primera vista pueda parecer lo contrario, la pregunta es legitima, porque si en sentido general es cierto que el progreso es un desenvolvimiento en que salen unos de otros los periodos, y que cada periodo ó momento superior abarca el contenido de los anteriores, y además nuevas determinaciones y desarrollos, que significan más plenitud de vida y mayor perfección; en otro sentido puede decirse que esos momentos se hallan, no en relación de más ó menos, sino en relación de oposición, y cabe así que el superior, con ser más perfecto, no tenga todas las excelencias de las precedentes, sobre todo aquellas que constituían su verdadero carácter y su fisonomía original. Vesmoslo sino. Hay en la historia de nuestra civilización dos grandes periodos: el que arrancando de la destrucción del Imperio Romano y de la invasión de los bárbaros del Norte, llega hasta los siglos xv y xvi, y el otro que empieza en esos siglos, continúa en nuestros días, y acabará cuando se hayan realizado los destinos del género humano. Ahora bien, este segundo periodo nace oponiéndose al anterior: así rompe los moldes en que por tiempos vivió como encerrado el espíritu de la Europa, y vuelta la espalda á lo pasado, se adelanta ázanoso por nuevos senderos, y cada estación suya queda marcada por una gran revolución, es decir, por una gran lucha, en que anda á brazos el espíritu antiguo con la edad moderna. Y es, Excelentísimo señor, que si esta nueva época, ó si decimos, civilización, salía al mundo como consecuencia de los esfuerzos y trabajos de la precedente, pero para obrar otros progresos, se inspiraba de nuevos principios, y marchaba á fines no poco diferentes. Al revés de la anterior edad, pedía consejo solo á la razón, proclamaba como principios la libertad y la igualdad, y se encaminaba especialmente á buscar y desenvolver los intereses relativos á la vida temporal y sensible, que habia dado al olvido la edad media.—A poder de estos principios y tendencias, ha traído á la escena de la vida, y llamándolas á la gran comunión del derecho, á todas las clases de la sociedad y á pueblos esclavizados y oprimidos: ha despertado en

todas las esferas del espíritu señaladamente la científica y económica, una actividad inmensa; y de su hirviente movimiento y del encendido horno de las revoluciones ha salido una sociedad nueva, una Europa nueva, digamos también, una nueva humanidad más grande, más poderosa, asentada sobre principios de más alta justicia.

(Se continuará.)

REVISTA MERCANTIL.

Ya conocemos el programa del próximo Congreso de Lausana. Van á discutirse en él los puntos siguientes:

I. Teoría de la contribucion ó reglas que deben servir de base á un sistema fiscal, apoyado en la ciencia y en la justicia, fundamentos necesarios de todas las instituciones sociales.

II. Exámen crítico de las varias contribuciones que figuran actualmente en la mayor parte de los presupuestos europeos.—Su influencia en la riqueza, moralidad y bienestar de las poblaciones.

III. Reseña de las reformas fiscales más recientes, y consecuencias que hayan producido. Papel que las contribuciones sobre el capital y sobre la renta han desempeñado respectivamente en aquellas reformas.

IV. ¿Es posible reducir á un solo tipo las varias contribuciones que los Estados modernos han tomado de los antiguos sistemas fiscales?—Siendo la trasformacion posible ¿es de desear que se verifique?—En caso afirmativo, ¿debe la contribucion única recaer sobre el capital ó sobre la renta? ¿debe ser proporcional ó progresiva?

V. Reformas parciales que podrian inmediatamente hacerse en los actuales sistemas tributarios, interin se vayan preparando otras más radicales y completas.

La materia es vasta y suficiente para poner á prueba la ilustracion y los recursos de ingenio de consumados hacendistas. Procuren los representantes de España en el Congreso fijar una muy privilegiada atencion sobre el tercero de aquellos puntos, pues hace quince años que la Hacienda española sé está sujetando á notables alteraciones de sistema, y es preciso que sepan los extranjeros hasta qué punto se halla adelantado nuestro fisco en el camino de las máximas y reglas más recomendadas por los hombres de ciencia y sano gobierno.

Al que nos pidiese un humilde parecer sobre el programa del Congreso de Lausana, acaso nos atreveriamos á decirle que hemos echado de ménos en él un extremo sustancialísimo de toda cuestion tributaria. La intencion que revela la simple lectura de los temas, no puede ser más transparente: se trata de buscar una fórmula general para simplificar el impuesto. Si se quiere conseguirlo de una manera satisfactoria, ¿basta poner los ojos en las fuerzas contributivas de cada país? No por cierto, pues es más urgente todavía trazar el cuadro de los servicios públicos *racionalmente indispensables*. Con el auxilio de este criterio podremos convenir en que la contribucion única sea una necesidad científica, y convendremos de la mejor gana, porque sinceramente anhelamos verla planteada en todas partes; pero habremos de tropezar con la necesidad *práctica* de las contribuciones múltiples, mientras tengamos que resignarnos á la inmensidad de atribuciones que pesan hoy por hoy sobre los poderes ejecutivos. Simplificad el trabajo si quereis simplificar el salario. De no, aplazad para tarde, para muy tarde, la unidad del impuesto: contad con la necesidad de rentas y propiedades del Estado, y con derramas, arbitrios y servicios supletorios. Vendrán luego los empréstitos, y es inútil que os esteis desgañando medio siglo para decirles á los gobiernos que no apelen á este recurso sino en casos extraordinarios. Lo extraordinario será la regla, lo ordinario la excepcion y mandará el empréstito. Precisamente nunca habia estado tan de moda como en la actuali-

dad. Roma ha contratado uno con la casa de Rotschil, Rusia otro de 200 millones, el Piamonte otro de 150. En esta última deuda está de por medio la libertad de un gran país: no tenemos por qué combatirla. Pero ¿es la libertad ó algun mal entendido espíritu de raza ó alguna ambicion dinástica lo que provoca los formidables armamentos de Inglaterra, Francia, Austria y Alemania? Las cámaras inglesas votan á toda prisa 12 millones de libras esterlinas á propuesta de la comision de defensa nacional. No hay remedio: es preciso improvisarlos, y también la Inglaterra tiene que apelar al bolsillo ageno. Y hé aqui las dos únicas cuestiones palpitantes que preocupan á la prensa inglesa: la cuestion de fortificaciones en diarios políticos, la cuestion del empréstito en los económicos. Diremos de paso que una de las publicaciones más acreditadas, prefiere que se contraten anualidades á plazo, ó que se emitan billetes del Tesoro ó renta consolidada; no porque aquel sistema sea mejor en principio que los demás, sino por considerarlo ménos costoso en la práctica, y por las ventajas que á las compañías de seguros ofrecen los valores á plazo.

Otros disgustillos aquejan al Reino Unido, amen de los que han dado origen á sus grandes aprestos militares. Como este año se prepara allí muy mala cosecha, temen algunos que la importacion de cereales extranjeros ocasionará perturbaciones en el sistema monetario. Dicen que esta importacion será mucho más considerable que nunca, y que habrá que pagarlo casi todo en dinero, porque los países importadores no están en disposicion de tomar una cantidad de artículos ingleses proporcionada al valor de los cereales. ¡Raro capricho en verdad! Si el cambio directo es una consecuencia natural de la libertad de comercio, nadie ha dicho, que sepamos, que aquel cambio haya de ser inmediato. Demos que Inglaterra tenga que entregar actualmente dinero y no productos en cambio de los cereales que reciba: ¿se seguirá de ahí que le sea fatal la salida del numerario? Acaso vayan á realizarse á las cajas del Banco algunos billetes más de los que hubieren ido en circunstancias normales; pero ¿está tan pobre de recursos el Banco de Inglaterra que se ahogue en tan poca agua? Todo podría temerlo la Gran-Bretaña en estos momentos, ménos una crisis bancaria producida por algunos *quarters* más de trigo extranjero en su mercado. Una crisis de otra especie se le vendria encima sin tardanza si la importacion no llegara á verificarse. Por de pronto, los consumidores murmuran ya del alto precio que han alcanzado las subsistencias, y en Bristol acaba de celebrarse un *meeting* de cinco á seis mil personas que, pareciendo remedar á los famosos amigos de la templanza, han tenido la humorada de comprometerse á no comprar un solo grano de trigo, interin no bajen los precios.

La tercera nubecilla de Inglaterra es la reñida cuestion de la City entre el Banco y los agentes de Bolsa, con motivo de la rebaja solicitada en el arancel de comisiones y corretajes. Aquel país donde Walpole pudo decir muy seriamente que todo hombre tenia su tarifa, es el enemigo más declarado de las tarifas legales y obligatorias. Esto explica por qué el comité de la Bolsa se ha negado rotundamente á establecer una escala *forzosa* de corretajes.

Mayores complicaciones mercantiles se nos anuncian de la otra parte de los mares. Australia está sufriendo graves quebrantos á consecuencia de la fiebre de especulaciones que ha suplantado allí al comercio regular y del exceso de consignaciones hechas por las casas inglesas, casi todos los dias ocurren numerosas quiebras; y la sola plaza de Sidney ha sufrido en poco tiempo nueve que representan un pasivo de 400,000 libras esterlinas. Preguntan algunos por qué, á fin de poner coto á excesos tan frecuentemente repetidos, no crean las naciones unos tribunales superiores de *moralidad mercantil* in-

carácter frívolo y superficial de Peña en los negocios que no le interesaban de cerca; pero revelábase aquella de una manera prodigiosa cuando, por el contrario, descubría motivos de utilidad propia en cualquier sentido que fuese. ¿Amaba Roman á la hija del conde? Nadie podría afirmarlo; pero lo mas verosímil es que, ya por envidia, ya por el ridículo capricho de alhagar su amor propio, su vanidad desmedida, habiase propuesto conquistar un cariño que quizás no le haría feliz, y que de seguro causaría la desgracia de Manuel Flores, á llegarse á realizar su idea.

Hay hechos que no se explican, porque están colocados fuera del orden de las leyes de la naturaleza, y que son verdaderas aberraciones, nacidas acaso de la organizacion especial del individuo. Á no descubrir Manuel á su amigo su pasión por Aurora, tal vez nunca hubiera ocurrido á este el pensamiento, que no le abandonó desde entonces, de poner sus ojos en quien estaba demasiado elevada en aquella sazón para la humildad del Roman Peña, cuyas acciones no eran espontáneas las mas veces, necesitando de la iniciativa agena para manifestarse; pero entonces, ningun respeto humano le detenía para convertir en provecho propio ideas que provenían de otro origen.

Se dirá que no existiendo mas motivos para que Roman abandonase tan cruelmente á su amigo, que la sospecha del amor constante de este á Aurora, parece extraño que por tan leve causa muriese una amistad que habia nacido y crecido con entrambos, robusteciéndose con repetidas pruebas de afecto fraternal. ¡Pobre razon, para el que estudia la fragilidad de nuestro ser! Eso seria lo mismo que decir que una chispa no puede ocasionar un incendio; que una cortísima cantidad de un veneno activo, no es capaz de arruinar el edificio humano; que el aliento de un solo apestado no basta para infectar una poblacion, todo un reino. Si nos propusiéramos investigar el origen de gran parte de los acontecimientos notables de la historia, de aquellos sucesos que mas influencia han ejercido en la suerte de las naciones, veríamos cuán insignificante era, al parecer, su importancia para producir resultados que estaban muy lejos de recelar los hombres mas perspicaces y previsores.

—Prometo á Vd.—dijo Roman, esforzándose por disimular su turbacion, luego que concluyeron la figura,—prometo á V. entregar mañana á la patrona de Flores la cantidad que V. misma indique, y que no será la primera que él recibe de mis manos.

Añadió estas últimas palabras, creyendo que la declaracion de un beneficio, que, á ser cierto, debía ocultarlo en el fondo de su pecho, seria un título de admiracion á los ojos de Aurora, quien nada respondió.

—Es tan fatal la estrella de Manuel—continuó Peña—que, á no ser por mí, hace mucho tiempo le hubiera sido imposible sostenerse en Madrid; y si en mi mano estuviese asegurarle un buen porvenir.....

—¡Oh! lo merece, exclamó Aurora, con entusiasmo.

—Si él se decidiese á emprender la carrera del comercio. ...

—¿Y porque no?

—Acaso no me seria difícil colocarle en la casa del socio de un amigo mio.

—¿Aquí mismo, en Madrid?

—¡Oh! no señora; en los Estados-Unidos, en Filadelfia.

—¿En Filadelfia!

—Se está por allí diez ó doce años.....

—Pero no hay que olvidar—observó Aurora con precipitacion—que, aunque salga felizmente del grave peligro que en la actualidad amenaza á su vida, la convalecencia será larga y el viaje muy espuesto.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

CIVILIZACION: SU ESPÍRITU Y TENDENCIAS: BIENES Ó MALES QUE DEBERÁN ESPERARSE Ó TEMERSE DE LA CIVILIZACION MODERNA ASÍ EN EL ÓRDEN MATERIAL COMO EN EL ÓRDEN MORAL.

(Conclusion.)

¿Pero en medio de estos portentosos adelantos de las modernas sociedades no hay algo digno y respetable que haya decaído? ¿No se ha rebajado en muchos de los hombres el ideal de la vida? ¿Las costumbres son siempre tan sencillas y puras, y tan elevados los caracteres, como los que vemos en aquellos ya pasados tiempos? ¿En presencia de ciertas tendencias materialistas de la edad presente, no deberemos dolernos del atamiento de las cosas del espíritu, y de la verdadera cultura liberal, un tanto sofocada por el despotismo de los intereses económicos? Y á poder del deseo de la igualdad y de las concepciones, que hasta ahora han dirigido las más de las escuelas y partidos políticos, ¿no parece llegado á veces el reinado de la medianía y la debilidad? Y cómo forma, hoy que rodea toda vida, no vemos la lucha, la contradicción, la anarquía?—Páreceme en vista de esto, y solo para tal intento lo he dicho, y no para criticar á nuestra edad, tan cara á mi corazón, páreceme, vuelvo á decir, que no cabe duda de que es procedente preguntar no solo por los bienes que debemos esperar, sino tambien por los males que podemos temer en el porvenir de la actual civilizacion.

¿Y cuáles serán? ¿Qué nos traerá el día de mañana? Sin duda nuevos progresos y más grandes crecimientos. Las promesas y esperanzas que acompañaron en su cuna á la moderna edad, se cumplan, la civilizacion europea seguirá su marcha triunfante, libre de esas flotas y diluvios de bárbaros que anegaron otras civilizaciones, y que ya no volverán; libre tambien de esas grandes agonias y decadencias en que se vió perecer antiguos pueblos, un día llenos de vida, las cuales son hoy imposibles por la extension de la cultura entre numerosos pueblos y gentes, la aparicion de la imprenta, las conquistas de la razon y la presencia en el mundo de esa religion que lleva escondida en sus doctrinas y aspiraciones una fuerza constante de renovacion moral. Yo al menos tengo fé en el espíritu de nuestro siglo y los venideros, y creo que por sus esfuerzos irá la historia realizando hasta acabarla la obra humana sin interrupcion notable, aunque no sin ciertas alternativas de triunfos y reveses, de revoluciones y reacciones, reacciones y reveses que á no pocos espíritus parecerán señales de próximas y universales ruinas, pero en las cuales el hombre que sepa levantarse por cima de los turbados horizontes de la vida presente, y que confie en el destino de la humanidad y en la bondad de la Providencia, no verá sino la ocasion de mas altas y valiosas conquistas, y en los hombres de esas reacciones sino instrumentos, involuntarios es verdad, pero instrumentos del progreso.

Si me toca ahora, y así lo creo, determinar esos progresos que han de cumplirse, debo decir, que á mi juicio consistirán en una extension cada vez mayor del principio de libertad, que agrandará notablemente la iniciativa del ciudadano, libre acaso de otras trabas que las que exija la justicia, la policia, y algunas veces la pública moralidad, libre sobre todo de la accion del Estado, el cual conservando aquellas funciones que expresan la soberanía en su esencia, y que sólo pueden por él desempeñarse, irá poco á poco abandonando á los individuos y á cada una de las grandes esferas sociales el cuidado de su destino y el cumplimiento de la obra social. Á poder de este principio de libertad se desenvolverá la energia humana con una intensidad sin cesar creciente, al menos en las esferas económica y científica, y encontrará ese movimiento la forma más adecuada en la asociacion libre y orgánica, que se desprenderá naturalmente del movimiento de la civilizacion en todos los órdenes, si bien con aquellas diferencias que exige su carácter y distinta índole. Y la sociedad aspirará además á realizar, en cuanto sea compatible con la libertad, la igualdad social, procurando la mayor posible difusion de la riqueza, y la de la moralidad y la ciencia haciendo tambien participar de los derechos políticos á la universalidad de los ciudadanos.—Pero sobre estos progresos, que todos se resuelven de cierta manera en la idea de mayor desenvolvimiento y grado de existencia, vendrá, como expresion característica de la última edad, la idea de la armonia, que dará al espíritu colectivo y á sus varias manifestaciones con la variedad y unidad correspondientes, el orden, la proporcion y la belleza, cosas todas que son á manera de complemento superior de toda vida. Y debo notar, Excmo. señor, que esa armonia no se limitará á las varias esferas y órdenes en lo interior de cada pueblo, sino que se extenderá á la de todas las naciones, organizándose bajo de ella la humanidad en su verdadera idea. Con lo cual quiero dar á entender, que además de la nacional se producirán gradualmente bajo formas acaso diferentes, sobre bases tambien distintas, como unidad de geografía, unidad de raza, unidad de civilizacion, asociaciones superiores, que serán como preparacion de la gran asociacion universal y humanitaria, y tambien que dentro de este gran organismo del espíritu universal, que no será nunca tan íntimo

como lo han sido en el curso de la historia las asociaciones nacionales, ni aun como quedarán en el porvenir, vivirán armónicamente todos los pueblos, y sobre la base de la gran división internacional del trabajo, y bajo la armonía de la ciencia y la religión superior á la armonía interior científica, ó sea lo que se llama la creación de la ciencia una, bajo aquella armonía, vuelvo á decir, y la del arte bajo de ella llegará el día deseado, en que resueltas las grandes oposiciones, comulgarán los varios pueblos y gentes en los mismos derechos, en las mismas ideas, y en las mismas creencias, y vivirán la vida una de la humanidad.

Yo no sé, Excmo. Sr., si este rápido y desmañado bosquejo de lo organización y vida de las edades futuras, que para cumplir mi deber de hoy, me he atrevido á rasgar, es una engañosa creación de mi fantasía: sin duda toda construcción del porvenir que hoy se intente, será, y ésta más que otra alguna, por demás incompleta, y en no pocos rasgos equivocada é inexacta, ¿y cómo no? pero parece que el movimiento y carácter actual de la civilización, las aspiraciones de la conciencia universal, las previsiones de la ciencia y las promesas de nuestra religión santa nos autorizan á creer en el advenimiento de mejores días y de una mayor dicha, ó si se quiere, en su desarrollo más alto, universal y armónico de la humanidad.

¿Mas esos progresos últimos de la civilización remediarán los males que, como noté arriba, afligen hoy á los pueblos de la Europa, ó les acompañarán en toda la prolongación de los tiempos? ¿Y si desaparecen algunos, como puede afirmarse desde luego por ser hijos de esta época de transición y de lucha en que vivimos, nacerán otros nuevos del seno de las evoluciones futuras? Sin mentar aquellos peligros de que en el orden político traerán á las sociedades el desarrollo de algunas ideas y la preponderancia de ciertas clases, de peligros que han hablado con melancólica tristeza publicistas tan eminentes como Tocqueville y Macaulay, no se producirán grandes males en la esfera económica y en la moral? El crecimiento indefinido de la población no producirá el malestar y la miseria en las bajas regiones de la sociedad, cuando concluida la evolución económica llegue aquel estado que el gran sucesor de Smith, J. S. Mill, ha llamado el estado estacionario? Por un movimiento inverso al que se viene produciendo en el mundo desde las grandes revoluciones contemporáneas, ¿no se realizará una gran concentración de la riqueza que aumentará la pobreza y el malestar?—Y si de esta pasamos á la otra región, á la región íntima del espíritu, en pos del desarrollo indefinido de la filosofía y ciencia no vendrá, antes que la armonía de que he hablado, el antagonismo eterno de la razón y la fe, y acaso la desaparición de toda religión positiva? La difusión del saber no amenguará las creencias? Y cuando las antiguas civilizaciones del África y del Oriente se renueven y transformen por el influjo de la europea, y vean derribados sus altares, y despreciados sus antes venerados dioses, del seno de ésta como universal ruina y de la mezcla de razas y gentes ¿no brotará una inmensa indiferencia? Preguntas pavorosas, Excmo. Sr., que aun habiendo de desvanecerse luego se levantan sin querer á nuestra vista hasta en aquellas horas en que hemos respirado ufanos y contentos ante las promesas del porvenir.

Autores hay por demás optimistas, para quienes tales preguntas no tienen sentido, ni significación los problemas que ellas envuelven. Así una escuela nacida casi á un mismo tiempo, en el nuevo y en el viejo mundo, á la vista allí de las prodigiosas conquistas del hombre sobre la naturaleza, como reacción aquí contra las absurdas profecías y lúgubres declamaciones de las sectas socialistas, y las previsiones también quizá demasiado tristes de Malthus y Ricardo, ha proclamado como expresión de su creencia, el progreso indefinido del poder productor, el crecimiento ilimitado de la riqueza, y la difusión también indefinida del bienestar entre las clases sociales.—La miseria no es, según ella, un hecho que viene, sino un hecho que se vá rápidamente, y que desaparecerá del todo ante el movimiento general, el cual tendiendo por la multiplicación incesante de las fuerzas y elementos productores, á una más y más abundante creación de riqueza, y á la reducción gradual de los gastos de producción llenará de bienes el mundo, y lo que es mejor, establecerá dentro del régimen de absoluta libertad una como comunidad, de que habrán de participar todos y cada uno de los hombres.—El aumento de población será tan sólo, á juicio de esa escuela, un medio más de multiplicar el trabajo y la energía y vitalidad de las naciones, y la naturaleza, al extenderse por ella á todos los vientos la especie humana, ofrecerá al cultivo tierras cada vez más fértiles, y dará de sí, solicitada por el trabajo, abundantes é inagotables frutos.

¡Magníficas esperanzas, Excmo. Sr., palabras de alegría que han arrancado más de un corazón al desaliento! No soy yo ciertamente, como lo revela el bosquejo que no há mucho hice, de los que tienen ver como término del desarrollo económico la gran miseria con un cortejo funebre de los vicios y sufrimientos, ni puedo olvidar á este propósito las maravillas que el principio de asociación y el desarrollo de ciertas instituciones podrán traer á las gene-

raciones venideras para remedio de muchos males, hasta para contener, si alguna vez nace, la indicada tendencia á la concentración de la riqueza; pero al mismo tiempo que digo esto, creo también exageradas por todo extremo las esperanzas de esa escuela.—Yo veo en la limitación de las tierras productoras, y también en aquel instinto que lleva al hombre á disfrutar y gozar antes que á abstenerse y acumular, cuando la acumulación y el ahorro le darían solo por la reducción excesiva del rédito del capital insignificante recompensa, veo, vuelvo á decir, hechos que se opondrán siempre á esa indefinida y creciente abundancia de productos, y á esa excesiva baratura que la escuela anuncia: veo también, lo cual es más grave, en la tendencia de nuestra especie á su rápida multiplicación una causa constante de empobrecimiento, que no será poderoso á remediar por sí solo el progreso de la producción; y si yo confío en que este mal de la miseria, aun durando siempre como durará, podrá disminuirse notablemente, ó por lo menos evitarse que crezca y ponga en peligro la civilización, es porque tengo fé en la previsión de los gobiernos y de los pueblos, y espero que á influjo de la opinión pública, y por efecto de una mejor educación de las clases menesterosas, sabrán éstas dirigir su vida por principios de alta moralidad, y fiar á su prudencia tanto ó más que á la ayuda y previsión ajenas el alivio de su malestar y sufrimientos. Como quiera, Excmo. Sr., creo que en el orden económico, sin anunciar la dicha y bienandanza que sueñan algunos escritores, podemos, si yo no me engaño, quedar tranquilos al dirigir una mirada al porvenir.

Mas graves son las dudas que hacen nacer las preguntas relativas al orden del pensamiento y la conciencia. Porque la perfección de la sociedad y su verdadera grandeza, no se alcanzarán, como piensan hoy gran número de filósofos, por el solo crecimiento indefinido de la razón y la influencia absoluta y exclusiva de la ciencia, ni porque aumente el hombre el poder de sus facultades, ni porque desenvuelva su energía en numerosas y potentes manifestaciones; cosas todas fáciles de concebir, y que la historia de la Europa, y por ella la del mundo, realizaría sin dificultad si este fuese todo su ideal. No, tales adelantos, aunque importantes, no bastan á satisfacer las altas necesidades del espíritu individual y social ni á constituir la armonía de la vida y la plenitud del progreso: esto se logrará si juntamente con esos vastos desarrollos de la actividad humana se realiza una restauración religiosa, que no suprima, digámoslo muy alto, tales progresos, antes los afirme y consolide, y los vivifique y enaltezca á poder del espiritualismo cristiano, obrando así la armonía de la razón y la fe y la unidad de la vida, y por su influjo el engrandecimiento del arte, la purificación de las costumbres, la elevación, en fin, de las cosas del espíritu, y el verdadero triunfo de la civilización.

Ahora bien, con tales ideas cómo no ha de sentir turbación el ánimo ante las indicadas preguntas? ¡Son tantas hoy las disonancias en la esfera interior de la conciencia: cuatro siglos de disensión y de luchas han producido en ella tantas ruinas: el espíritu del tiempo ha levantado tan alto los fueros de la razón, y el orgullo del hombre ha combatido con tal encarnizamiento, y á veces con tan aterradora frialdad, sus antiguas venerandas creencias; la ciencia en fin, ha propagado como inconcusas verdades tales doctrinas sobre Dios, el hombre, su origen, su historia y su destino, que más bien que la consoladora idea de esa restauración y de la alianza entre la razón y la fe cristiana, parece justificado el temor de que el mundo está condenado á aquella suprema, para mí, calamidad del reinado absoluto del racionalismo, y el total eclipse de esa augusta religión que ha civilizado la Europa!

¿Y para qué ocultarlo? yo, Excmo. Sr., al meditar sobre ese problema, me he sentido más de una vez á punto de caer en un desaliento parecido á el que hacia exhalar no ha mucho tan amargos y tristes acentos al ángel caído del progreso, al ilustre Lamartine; mas por dicha he concluido siempre por la esperanza.—¿Pues qué, la evolución histórica actual habremos de tomarla como situación definitiva; ¿no dice ella con sus contradicciones, y sus dudas, y sus luchas, que es situación de transición y crisis, y que debe forzosamente resolverse en una gran unidad? Y en esa unidad, ¿si decimos, construcción inmensa y gigantesca síntesis que habrá de salir del seno de las generaciones presentes y venideras, quedará excluido el elemento religioso? Tras la exageración actual del racionalismo, y en pos de ese vacío por el formado al rededor de la pobre alma humana, triste hoy ya y afligida por la pérdida de sus más queridas ilusiones y esperanzas, no se levantarán poderosos reclamando su puesto el sentimiento y aquellos instintos que llevan al hombre tras lo sobre natural y divino. ¿Y á dónde se volverán ellos sino hacia el catolicismo?—Acaso podría mostrar ya señales de que tal sucederá; mas aunque ninguna, creo podemos esperar, que entre la unidad por el triunfo del racionalismo, y la unidad por la armonía de la Religión y la ciencia, el mundo buscará y realizará la historia esta última; y que al catolicismo irá todo renacimiento religioso, y no á esas religiones que prometen á la Europa ciertas modernas filosofías, religiones sin dogmas ni

misterios, sin sacerdotes ni templos, y sin otro Dios que el Dios impersonal é impalpable del panteísmo.

En resolución, Excmo. Sr., el mal durará siempre en el mundo; ¿no es el hombre un ser limitado y finito? ¿no sabemos los cristianos hasta dónde podemos llevar nuestras aspiraciones, por aquellas solemnes palabras de *omnis anima ingemiscit*? Pero los males sociales disminuirán sin cesar con el progreso de la civilización, y cuando ésta dé su última palabra, la humanidad verá convertidas en realidades sus principales esperanzas.

JOSÉ MORENO NIETO.

NUEVA ELECCION DE PRESIDENTE EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

La república de los Estados-Únidos se prepara á la lucha para la eleccion de un nuevo presidente. Este acontecimiento político, siempre grave en las repúblicas, tiene en esta ocasion un interés especial. Por la primera vez en la historia americana, los partidos que se disputan el triunfo, aparecen en la arena, representando solo secciones del Estado. Esto ha sido puesto fuera de toda duda por el resultado de las convenciones que se han celebrado en varios puntos de los Estados-Únidos, para el nombramiento de candidatos á la presidencia de la república.

Hace poco se reunieron los demócratas en Charleston. Este partido es hoy el único que cuenta con adherentes lo mismo en el Sur que en el Norte. Así es, que se creía generalmente, que la persona designada por él, seria el próximo presidente. Pero este cálculo ha salido erróneo. La disputa entre los partidarios de la esclavitud, y los abolicionistas, ha desorganizado hasta la fibra de la democracia. Los delegados demócratas del Norte hicieron un esfuerzo desesperado para nombrar al senador Douglas, de Illinois, al hombre eminente de su partido, que ha manifestado decididas simpatías por el movimiento abolicionista, ahora dominante en los Estados-Únidos del Norte. Si los delegados del Sur hubiesen consentido en su eleccion, es casi seguro que él habria sido el próximo presidente de la república norte-americana; porque, además de tener á su favor todos los partidarios de la abolicion de la esclavitud, habria arrastrado tambien en pos de sí uno ó dos Estados libres contra cualquiera otro competidor republicano. Pero, no obstante la conveniencia de tal compromiso, era demasiado humillante para el orgullo de los delegados del Sur. Así es que estos, no solo no votaron por M. Douglas, sino que tomaron medidas para evitar una votacion en la cual pudiera haber obtenido una ventaja decisiva.

Antes de que la opinion de la convencion fuese formalmente conocida, sometieron á ellas varias resoluciones, que si se hubiesen adoptado, hubieran obligado al partido democrático á conceder á los no-abolicionistas las pretensiones más nocivas al Norte. Las resoluciones fueron, sin embargo, desechadas, retirándose en consecuencia de la convencion los delegados del Sur. En la votacion que siguió á su retirada M. Douglas obtuvo una considerable mayoría; pero por una ficcion propia de los gobiernos, que falsean el sistema representativo, los delegados continuaron formando parte de la convencion, siendo, por lo tanto, imposible obtener la mayoría absoluta de votos necesarios para conocer la opinion de esta clase de asambleas. La convencion democrática no tuvo, pues, más remedio que aplazar la eleccion de candidato para mediados del mes actual, en que tendrá lugar otra reunion con el mismo objeto en Baltimore. Esta no se cree, sin embargo, que dé un resultado más satisfactorio que la primera. Los americanos, mejor informados hablan de la confederacion democrática, como de una cosa completamente disuelta.

Otra convencion se reunió despues para el mismo objeto con el nombre de la Union-Nacional. Su candidato es M. Bell, de Tennessee, en el Sur, partidario de las ideas del Norte, y que, segun sus admiradores, haria uno de los mejores presi-

dentés de la república, pero su partido se compone de una minoría de mal contentos, que no tienen la menor probabilidad de salir triunfantes en la lucha.

La convencion de los republicanos en Chicago tiene mucha más importancia. Esta asamblea ha elegido su candidato, y se ha disuelto inmediatamente. Su eleccion ha recaído sobre M. Sevard, de Nueva-York. Este hombre político es el creador del partido republicano, como Thomas Jefferson lo fué del demócrata, Whig en su origen, se ha tornado partidario de la abolicion, y formado su partido republicano, llamado á remplazar en el poder á los demócratas.

En un país libre en que el voto se limitase á las clases educadas é inteligentes de la sociedad, M. Sevard habria sido apoyado por un partido que tanto le debe; pero en los Estados-Únidos se ha hecho, hace tiempo, el descubrimiento de que ningun hombre político de grandes talentos y de una carrera distinguida, es un candidato con probabilidades á la presidencia de la república. Un epigrama ó un libelo contra tales hombres, puede costarle á un partido el voto de todo un Estado. El secreto del éxito está en nombrar á un desconocido, como Polk, Pierce, Oremont, ó un empleado de segundo orden, como M. Buchanan. M. Sevard ha sido sacrificado á cálculos de esta especie, y la convencion de Chicago ha encontrado un candidato con probabilidades de ser elegido en un tal M. Lincoln, de Illinois.

Este es, sin duda, un candidato muy formidable. Su carrera ha sido tan completamente oscura, que no se puede decir nada en contra suya, y las pocas cosas que se han dicho de él en público, son las más á propósito para lisonjear y captarle el favor de las masas. Su gran recomendacion es la de haberse formado por sí mismo. En un principio estaba dedicado á un oficio mecánico, pero, sintiéndose con genio para una carrera más distinguida, se hizo abogado, profesion que en los Estados-Únidos, es, generalmente, el preludio de la política. Tales antecedentes encuentran simpatías siempre entre el pueblo de aquella república. M. Lincoln reúne á la popularidad de que goza, otras derivadas de sus relaciones con el Occidente. Un presidente republicano que no cuente con el voto unánime de los estados del Norte, el Noroeste, y los centrales, no puede ser elegido. De estos, los del Norte están decididamente por los republicanos; los del centro, exceptuando Pensylvania, son tambien seguros; pero los del Noroeste, se consideraban últimamente dudosos. La circunstancia, sin embargo, de que el candidato republicano pertenece á Illinois, lisonjearia grandemente el orgullo de los labradores del Occidente; por lo tanto, es probable que M. Lincoln obtenga muchos más votos en estos populares Estados, que su rival M. Sevard.

Las probabilidades de obtener la magistratura suprema de la república, están, pues, en favor de M. Lincoln. La opinion pública le considera un político de gran prudencia y moderacion. Sus ideas son, sin embargo, abolicionistas, y es, por lo tanto, muy difícil que pueda conciliar los intereses del Norte con los del Sur. Acerca de las grandes cuestiones internacionales, que está llamado á resolver, pocos conocen su pensamiento; pero creen algunos que las de Monroe, ó anexionistas no harán muchos progresos bajo su administracion. La ingerencia de los Estados-Únidos en Méjico, no será, pues, tan activa, ni los filibusteros encontrarán la proteccion oculta que hasta aquí, en sus expediciones piráticas á Cuba y los estados de la América central.

Si, efectivamente, este hombre político se halla animado por tales sentimientos y tan alto respeto, al derecho de gentes, convendria á España que se realicen las esperanzas de sus amigos y partidarios, y sea elevado al alto rango de presidente de la Union americana.

J. S. BAZAN.